

buenas obras, que algunos discípulos principales de Lutero dijeron que era una blasfemia enseñar que eran necesarias. Otros llegaron hasta decir que eran contrarias á la salvacion; y todos decidieron de comun acuerdo que no eran necesarias para salvarse. Puede decirse, sí, en la nueva Reforma que las buenas obras son necesarias, como cosas que Dios exige del hombre: pero no se puede decir que son necesarias para la salvacion. Y ¿por qué Dios las exige del hombre? ¿No es para que se salve? ¿No dijo el mismo Jesucristo: *Si quereis entrar en la vida guardad los mandamientos*?<sup>1</sup> Luego precisamente para tener la vida y la salvacion eterna, son necesarias las buenas obras segun el Evangelio, y así lo está predicando toda la Escritura: pero la nueva Reforma ha encontrado de repente esta distincion; que se puede confesar sin dificultad que son necesarias, con tal que no sea para la salvacion.

Tratábase de los adultos, porque respecto de los párvulos todo el mundo convenia. ¿Quién hubiera creído que la Reforma habia de inventar semejante prodigio; y que pudiese ser condenada jamás esta proposicion, *las buenas obras son necesarias para salvarse*? Pues lo fue por Melancton, y por todos los Luteranos<sup>2</sup> en muchas de sus reuniones, y en particular en la de Vormes el año de 1557, cuyas actas verémos á su tiempo.

XIII.— *De ningun modo se reformaron las costumbres en las iglesias protestantes: testimonio de Erasmo.*

No quiero echar aquí en cara á nuestros reformados sus malas costumbres: las nuestras, si se atiende á la mayor parte, no parecen mejores; pero no conviene dejarles creer que su Reforma ha dado realmente los frutos que hacia esperar un nombre tan lisonjero, ni que su nueva justificacion ha producido algun buen efecto.

Erasmo decia muchas veces que de tantas personas como veia entrar en la nueva Reforma (y tenia una estrecha familiaridad con la mayor parte de ellas y con las principales), no habia visto ninguna á quien la Reforma no hubiese hecho peor, léjos de hacerla mejor. ¿Qué raza evangélica es esta? decia él<sup>3</sup>. Jamás se ha visto nada mas licencioso ni mas sedicioso al mismo tiempo, nada, en fin, menos evangélico que estos supuestos evangélicos. Suprimen las vigi-

<sup>1</sup> Matth. XIX, 17. — <sup>2</sup> Mel. ep. 4, lib. I, 70, col. 84. — <sup>3</sup> Epist. p. 818, 822; lib. XIX, ep. 3; XXXI, 47, p. 2053, etc. Lib. VI, 4; XVIII, 6, 24, 49; XIX, 3, 4, 133; XXI, 3; XXXI, 47, 59, etc.

lias y los divinos oficios tanto de dia como de noche, porque son, dicen ellos, supersticiones farisáicas: pero era necesario reemplazarlas con alguna cosa mejor, y no volverse epicúreos, por alejarse tanto del judaismo. Todo es excesivo en esta Reforma: se arranca lo que solo se debería limpiar, y se pone fuego á la casa para consumir la basura que hay en ella. Descúidanse las buenas costumbres: el lujo, la disolucion y los adulterios se multiplican cual nunca; no hay regla ni disciplina. El pueblo indócil, despues de haber sacudido el yugo de los superiores, ya no quiere creer á nadie; y en esta licencia tan desenfrenada, Lutero tendrá que echar bien pronto de menos esa tiranía, como él la llama, de los Obispos. Cuando Erasmo escribia de este modo á sus amigos Protestantes acerca de los desgraciados frutos de su Reforma<sup>1</sup>, convenian con él de buena fe. «Yo mas quiero, les decia<sup>2</sup>, tener que tratar con los «Papistas, á quienes tanto desacreditais.» Les echaba en cara la malicia de un Capiton, las murmuraciones malignas de un Farel, que Oecolampadio que le tenia á su mesa no podia ni sufrir ni reprimir; la arrogancia y las violencias de Zuinglio, y en fin, las de Lutero, que tan pronto parecia que hablaba como los Apóstoles, tan pronto se abandonaba á tamaños excesos, y á tan feas bufonadas, que se conocia bien que aquel aire apostólico que afectaba algunas veces, no podia salir de su corazon. No valian mas los otros que habia conocido. Yo hallo mas piedad, decia<sup>3</sup>, en un solo católico bueno, que en todos estos nuevos evangelistas. Y esto no lo decia por adular á los Católicos, cuyos desmanes acusaba en discursos bastante libres; pero además de que le parecia muy mal que se ponderase tanto la Reforma, cuando los reformados no eran mejores que los demás, se debía hacer una gran diferencia entre los que descuidaban las buenas obras por flaqueza, y los que por máxima disminuian su necesidad y dignidad.

XIV.— *Testimonio de Bucero.*

Pero veamos un testimonio que les hará mucha mas fuerza á los Protestantes: será el de Bucero. El año de 1542, mas de veinte años despues de la Reforma, escribia este ministro á Calvino, que entre ellos «LOS MAS EVANGÉLICOS ni siquiera sabian lo que era la verda-

<sup>1</sup> Lib. XIX, 2, 30, 62. — <sup>2</sup> Lib. XIX, 3. — <sup>3</sup> Lib. XXXI, epist. 99, col. 2118.

«dera penitencia<sup>1</sup>:» tanto se habia abusado entre aquella gente del nombre de la Reforma y del Evangelio. Lo mismo acabamos de oír de boca de Lutero<sup>2</sup>.

Cinco años despues, y en medio de las victorias de Cárlos V, escribia tambien Bucero al mismo Calvino<sup>3</sup>: «Dios ha castigado la «injuria que hemos hecho á su Nombre con nuestra hipocresía tan «larga y tan perniciosa.» Esto era nombrar bien claramente la licencia cubierta con el título de Reforma. El año de 1549 señala en términos mas fuertes el poco efecto de la supuesta Reforma, cuando escribe tambien á Calvino, diciendo<sup>4</sup>: «Nuestras gentes han pasado de la hipocresía arraigada tanto tiempo antes en el Papado, á «una profesion tal cual de Jesucristo, y solo muy pocos han dejado «enteramente esta hipocresía.» Esta vez busca una querrela queriendo hacer á la Iglesia romana culpable de la hipocresía que reconoce en su partido: porque si por hipocresía romana entiende, segun el lenguaje de la Reforma, las vigiliás, abstinencias, peregrinaciones y devociones que se tenían en honor de los Santos, y las otras prácticas semejantes, nadie la habia abandonado tanto como los nuevos reformados, pues que todos habian pasado á los extremos opuestos: pero así como el fondo de la piedad no consiste en estas cosas exteriores, menos consistia todavía en abolirlas: y si era la opinion del mérito de las buenas obras lo que Bucero llamaba en este lugar nuestra hipocresía, la Reforma se habia corregido demasiado de este mal, pues que negaba ordinariamente hasta el mérito que era un don de la gracia, aunque la fuerza de la verdad se lo hacia confesar algunas veces. Sea como quiera, la Reforma habia pódido tan poco contra la hipocresía, que muy pocos, segun Bucero, se habian librado de este mal tan grande. «Por esta razon, prosigue, nuestras gentes han cuidado mas de parecer discípulos de Jesucristo, «que de serlo en realidad; y cuando ha perjudicado á sus intereses «parecerlo, han abandonado hasta esta apariencia. Lo que querian «era librarse de la tiranía y de las supersticiones del Papa, y vivir «á su gusto.» Poco despues dice: «Nuestras gentes jamás han querido sinceramente recibir las leyes de Jesucristo; tampoco han tenido el valor de oponerlas á los otros con una constancia cristiana... Mientras han creído que tenían algun apoyo en la fuerza del «púlpito, han dado por lo comun respuestas bastante vigorosas,

<sup>1</sup> Int. ep. Calv. p. 34. — <sup>2</sup> Visit. Sax. cap. de doct. e. de lib. Chr., etc. Sup. n. 9. — <sup>3</sup> Int. ep. Calv. p. 100. — <sup>4</sup> Ibid. 309, 310.

«pero se han acordado bien poco de hacerlo, luego que ha faltado «esta autoridad del púlpito, y no han tenido ya ningun auxilio humano.»

Sin duda hasta entonces la verdadera reformation, que era la de las costumbres, tenia débiles fundamentos en la supuesta Reforma, y de ningun modo se hacia la obra de Dios tan ponderada y deseada.

XV.— *Tiranía insoportable de Lutero: lo que sobre ella escribió Calvino á Melancton.*

Lo que mas habia esperado Melancton en la Reforma de Lutero era la libertad cristiana, y la emancipacion de todo yugo humano: pero se le frustraron bien sus esperanzas. Por espacio de cincuenta años vió siempre bajo la tiranía, ó en la confusion, á la iglesia luterana, que pagó por mucho tiempo la pena de haber despreciado la autoridad legitima. No hubo jamás un amo mas duro que Lutero, ni tiranía mas insufrible que la que ejercia en las materias de doctrina. Era tan notoria su arrogancia, que hizo decir á Muncer, que habia dos papas, uno el de Roma, y otro Lutero, y este el mas duro. Si solo hubiera dicho esto Muncer, que era un fanático y jefe de fanáticos, hubiera podido consolarse Melancton: pero Zuinglio, Calvino, todos los suizos y todos los Sacramentarios, gentes á quienes no despreciaba Melancton, decian en alta voz, sin que él pudiese contradecirles, que Lutero era un nuevo papa. Nadie ignora lo que escribió Calvino al amigo de su confianza Bulingero<sup>1</sup>: «Que ya no «se podia sufrir la petulancia de Lutero, á quien su amor propio no «le permitia conocer sus defectos, ni tolerar que se le contradijese.» Se trataba de doctrina, y justamente en punto á doctrina se arrogaba Lutero una autoridad absoluta. La cosa iba tan adelante, que Calvino se quejó al mismo Melancton. «¡ Con qué furor, dice<sup>2</sup>, fulmina rayos vuestro Pericles!» Así llamaban á Lutero cuando querian dar un nombre retumbante á su violentísima elocuencia. «Nosotros le debemos mucho, lo confieso, y yo no llevaria á mal que tuviese una grande autoridad, con tal que sepa dominarse á sí mismo; «aunque, al fin, ya es tiempo de manifestar hasta dónde queremos «deferir á los hombres en la iglesia. Todo se ha perdido cuando uno «solo puede mas que todos los demás, especialmente cuando no teme usar de todo su poder... Y ciertamente nosotros dejamos un

<sup>1</sup> Ep. p. 326. — <sup>2</sup> Calv. ep. ad Mel. p. 72.

«ejemplo raro á la posteridad, cuando mas queremos abandonar «nuestra libertad, que irritar á un hombre solo con la menor ofensa. Su genio es violento, se dice, y sus movimientos son impetuosos, como si esta violencia no se aumentase, cuando todo el mundo «procura complacerle en todo. Atrevámonos una vez á dar á lo menos un gemido con libertad.»

¡Qué cautividad, no poder ni siquiera gemir libremente! Está el hombre algunas veces de mal humor, es verdad, si bien uno de los primeros y menores efectos de la virtud es vencerse á sí mismo en estas ocasiones: pero ¿qué se puede esperar cuando un hombre que no tiene mas autoridad, ni acaso mas ciencia que los demás, no quiere oír á nadie, y es preciso pasar siempre por lo que él diga?

XVI.—*Melancton tiranizado por Lutero piensa en huir.*

Nada podía responder Melancton á unas quejas tan justas; ni él mismo pensaba de otro modo que los demás. Los que vivían con Lutero nunca sabían cómo este rigoroso maestro tomaba lo que ellos opinaban en punto á doctrina. Les amenazaba con nuevos formularios de fe, principalmente en el asunto de los Sacramentarios: se acusaba á Melancton de alimentar el orgullo de estos sectarios, con su moderación, y se empleaba este pretexto para agriar á Lutero contra él, según lo cuenta en su vida su amigo Camerario<sup>1</sup>. Melancton no encontraba otro remedio á estos males mas que la huida, y su yerno Peucero nos dice que estaba resuelto á emprenderla<sup>2</sup>. Él mismo dice que Lutero se encolerizó tan violentamente contra él por un carta que recibió de Bucero, que solo pensó en retirarse para siempre de su presencia<sup>3</sup>. Vivía tan oprimido con Lutero y con los jefes del partido, y le agobiaban tanto de trabajo y de inquietud, que no pudiendo ya mas escribió á su amigo Camerario, y le dijo<sup>4</sup>: «Estoy en una servidumbre, como en la cueva del cíclope; «yo no puedo disfrazaros mis sentimientos: muchas veces pienso en «fugarme.» Lutero no era el único que le violentaba: cada uno de los que se han sustraído de la autoridad legítima es jefe en ciertos momentos, y el mas moderado es el que está siempre mas sujeto.

<sup>1</sup> Cam. in vit. Phil. Mel. — <sup>2</sup> Peuc. ep. ad vit. Theod.; Hosp. p. II, f. 193 et seq. — <sup>3</sup> Mel. lib. IV, ep. 315. — <sup>4</sup> Lib. VI, 253.

XVII.—*Pasa su vida sin atreverse nunca á explicarse del todo sobre la doctrina.*

Cuando un hombre se ha comprometido en un partido para decir su parecer con libertad, y este atractivo engañoso le hace renunciar al gobierno establecido; si ve despues que se agrava el yugo, y que no solamente el jefe que ha escogido, sino tambien sus compañeros le tienen mas sujeto que antes estaba, ¿cuánto no tendrá que sufrir? No nos admiremos, pues, de los continuos lamentos de Melancton. No, Melancton nunca dijo todo lo que pensaba acerca de la doctrina, aun cuando escribió en Ausburgo su confesion de fe, y la de todo el partido. Nosotros hemos visto que acomodaba sus dogmas á la ocasion<sup>1</sup>: estaba pronto á decir cosas mas llevaderas, es decir, que se acercasen mas á los dogmas recibidos por los Católicos, si sus compañeros se lo hubieran permitido. Estrechado por todos lados, y mas por Lutero que por ningun otro, nunca se atreve á hablar, y lo reserva para tiempos mejores si quiere Dios, dice<sup>2</sup>, que se acomoden á los designios que tengo en mi mente. Esto es lo que escribió el año de 1537 en la reunion de Esmalcalda, en la cual extendió los artículos de que hemos hablado. Cinco años despues, en el de 1542, se le ve suspirar todavía por una reunion libre del partido<sup>3</sup>, en la cual se explique la doctrina de una manera segura y precisa. Mas tarde, y hácia los últimos años de su vida, escribió á Calvino y á Bulingero que se pensaba escribir contra él sobre el punto de la Eucaristía y de la adoracion del pan: los Luteranos eran los que debían componer este libro: Si lo publican, decía<sup>4</sup>, yo hablaré francamente. Pero este tiempo mejor, este tiempo de hablar francamente, y de declarar sin temor lo que él llamaba la verdad, nunca llegó para él; y no se engañaba cuando decía que «de cualquiera manera que fuesen los «negocios, jamás habria libertad para hablar francamente sobre los «dogmas<sup>5</sup>.» Cuando Calvino y otros le excitaban á que dijese lo que sentía, respondía como un hombre que tenia grandes miramientos que guardar, y que se reservaba explicar ciertas cosas<sup>6</sup>; explicacion que, sin embargo, no hemos visto jamás: de modo que uno de los principales maestros de la nueva Reforma, y el que se puede de-

<sup>1</sup> S. lib. III, n. 63. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 204. — <sup>3</sup> Lib. I, ep. 110, col. 147. — <sup>4</sup> Ep. Mel. inter Calv. epist. p. 218, 236. — <sup>5</sup> Lib. 4, ep. 136. — <sup>6</sup> Ep. Mel. int. Calv. ep. p. 199; Calv. resp. 211.

cir que dió la forma al Luteranismo, se murió sin explicarse plenamente sobre las controversias mas importantes de su tiempo.

XVIII.— *Nueva tiranía en las iglesias luteranas en seguida de la de Lutero.*

Esto consistió en que mientras vivió Lutero, había que callar. Pero no hubo mas libertad despues de su muerte: otros tiranos ocuparon su lugar: Ilirico y otros, que dirigian al pueblo. El infeliz Melancton se miraba en medio de los Luteranos sus concoleas, como en medio de sus enemigos, ó para servirme de sus mismas palabras, como en medio de furiosas avispas; y *no esperaba hallar sinceridad sino en el cielo*<sup>1</sup>. Quisiera que me fuera permitido usar la voz demagogo, de que él se vale: demagogos eran en Atenas y en los Estados populares de la Grecia ciertos oradores, que se hacian omnipotentes en el populacho halagándole y lisonjeándole. Las iglesias luteranas estaban gobernadas por sermonizantes de esta clase: «Gentes ignorantes, segun Melancton<sup>2</sup>, que no tenian ni piedad ni disciplina. «Estos son, dice, los que dominan; y yo estoy, como Daniel, en «medio de los leones.» Tal es la pintura que nos hace de las iglesias luteranas. Á este estado se siguió *la anarquía*, esto es, como él mismo dice<sup>3</sup>, *un estado que encierra todos los males juntos*: desea morir y ya no halla esperanza ninguna sino en el que habia prometido sostener á su Iglesia *hasta en su vejez, y hasta el fin de los siglos*. ¡Feliz, si hubiera podido ver que no cesa jamás de sostenerla!

XIX.— *Melancton no sabe dónde está, y toda su vida anda buscando su religion.*

Á esto debe atenerse todo el mundo; y pues que es preciso tornar á las promesas hechas á la Iglesia, solo tenia que considerar Melancton que estas promesas debian haber sido tan estables en los siglos pasados, como él queria que lo fuesen en los siglos que se han seguido á la Reforma. La iglesia luterana no habia recibido ninguna seguridad de que habia de durar siempre; y la Reforma hecha por Lutero no debia mantenerse mas firme que la primera institucion hecha por Jesucristo y por sus Apóstoles. ¿Cómo no veia Melancton que la Reforma, cuya fe queria que se variase todos los dias, no era sino una obra de los hombres? Hemos visto que él ha mudado y

<sup>1</sup> Mel. epist. ad Calv. inter Calv. ep. p. 134. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 836, 843. — <sup>3</sup> Ibid. et lib. I, ep. 107; IV, 76, 876, etc.

vuelto á mudar muchos artículos importantes de la confesion de Ausburgo, aun despues que se presentó al Emperador<sup>1</sup>. Tambien quitó en diversos tiempos muchas cosas importantes de la Apología, aunque suscribió á ella todo el partido con tanta sumision como á la confesion de Ausburgo. El año de 1532, ya despues de la confesion de Ausburgo y de la Apología, escribió tambien «que quedaban sin «decidir algunos puntos importantes, y que era necesario buscar sin «ruido los medios de explicar los dogmas<sup>2</sup>. ¡Cuánto deseo, decia, «que se haga esto, y que se haga bien!» como quien sentia en su conciencia que hasta entonces nada se habia hecho como debia hacerse. El año de 1533: «¿Quién piensa, dice<sup>3</sup>, en curar las conciencias agitadas con tantas dudas, y en averiguar la verdad?» En el año de 1535: «¡Cuán reprehensibles somos, dice<sup>4</sup>, porque nada nos «cuidamos de curar las conciencias agitadas de dudas, ni de explicar los dogmas pura y simplemente, y sin sofisterías! Estas me «atormentan terriblemente.» En el mismo año deseaba, «que una «asamblea piadosa decidiese el punto de la Eucaristía sin sofismas y «sin tiranía<sup>5</sup>.» Juzgaba, pues, que este punto no se habia decidido todavía, y cinco ó seis modos de explicar este artículo que leemos en la confesion de Ausburgo y en la Apología, no le contentaban. El año de 1536, acusado de que todavía encontraba muchas dudas en la doctrina que profesaba, respondió que su doctrina era fija<sup>6</sup>; porque necesitaba hablar así, ó abandonar la causa. Pero manifiesta en seguida que efectivamente habia en ella muchos defectos: y conviene no olvidar que se trataba de doctrina. Melancton hace recaer estos defectos sobre los vicios y la obstinacion de los eclesiásticos: «Por causa de estos vicios ha sucedido, dice, que se hayan «dejado ir las cosas entre nosotros como pudiesen, por no decir otra «cosa peor; que se han cometido muchas faltas, y que se hicieron «al principio muchas cosas sin razon.» Reconoce el desórden; y no le salva la vana excusa que busca para imputar á la Iglesia católica los defectos de su religion. No habia adelantado mas el año de 1537, y mientras que todos los doctores del partido, reunidos con Lutero en Esmalcalda, explicaban de nuevo los puntos de doctrina, ó mas bien suscribian á las decisiones de Lutero, «Yo soy de dictámen, «decia<sup>7</sup>, que desechando algunas paradojas, se explicase mas sencillamente la doctrina;» y aunque suscribió, como hemos visto, á

<sup>1</sup> V. S. lib. III, n. 3 et seq. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 133. — <sup>3</sup> Ibid. ep. 140. — <sup>4</sup> Ibid. ep. 170. — <sup>5</sup> Lib. III, ep. 114. — <sup>6</sup> Lib. IV, ep. 19. — <sup>7</sup> Lib. IV, ep. 98.

estas decisiones, quedó tan poco satisfecho, que en el año de 1542 le hemos visto *desear todavía otra asamblea, en que se explicasen los dogmas con firmeza y precision*<sup>1</sup>. Tres años despues, el de 1545, confesaba todavía que los predicadores del nuevo Evangelio habian descubierto muy imperfectamente la verdad: «Yo pido á Dios, dice<sup>2</sup>, «que haga fructificar á esta tal cual poquedad de doctrina que nos «ha manifestado:» declara que por su parte ha hecho cuanto ha podido: «Voluntad no me ha faltado, dice, sino tiempo, conductores y doctores.» Pero qué, ¿le faltaba su maestro Lutero, aquel hombre que él creía habia suscitado Dios para disipar las tinieblas del mundo? Sin duda confiaba poco en la doctrina de tal maestro, cuando se queja tan amargamente de no haber tenido un doctor que le instruyese. En efecto, despues que murió Lutero, Melancton, que tanto le alabó tan repetidas veces, escribiendo confidencialmente á su amigo Cámerario, le decia con mucha frialdad, «que á lo menos «habia explicado bien alguna parte de la doctrina celestial<sup>3</sup>.» Poco despues confiesa<sup>4</sup> «que él (Lutero) y los demás habian caido en «muchos errores, lo que no se podia evitar, al salir de tantas tinieblas;» y se contentaba con decir que muchas cosas habian sido bien explicadas;» lo que concuerda perfectamente con el deseo que tenia de que se explicasen mejor las otras. En todos los pasajes que acabamos de transcribir se ve que se trata de dogmas de fe, pues que en ellos se habla constantemente de decisiones y decretos nuevos sobre la doctrina. Que se admire ahora nadie de los que se llaman en Inglaterra Escrutadores, investigadores ó buscadores. Aquí tenemos al mismo Melancton que anda buscando todavía muchos artículos de su religion, cuarenta años despues de la predicacion de Lutero, y del establecimiento de su Reforma.

XX.—*Qué dogmas estaban mal explicados segun Melancton.*

Si se pregunta cuáles eran los dogmas que Melancton suponía mal explicados, es cierto que eran los mas importantes: entre ellos el de la Eucaristía. El año de 1553, despues de todas las variaciones de la confesion de Ausburgo, despues de las explicaciones de la Apología, despues de los artículos de Esmalcalda que él mismo habia firmado, pedía todavía *una nueva fórmula para la Cena*<sup>5</sup>. No se sabe

<sup>1</sup> Lib. I, ep. 110. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 662. — <sup>3</sup> Ibid. ep. 699. — <sup>4</sup> Ibid. ep. 737. — <sup>5</sup> Lib. II, ep. 447.

en qué términos quería que se extendiese esta fórmula; solo parece que no le agradaban ni las de su partido, ni las del partido contrario, porque, segun él, no hacian unas y otras mas *que oscurecer la materia*<sup>1</sup>.

Otro artículo cuya decision deseaba, era el del libre albedrío, cuyas consecuencias influyen tanto en las materias de la justificacion y de la gracia. El año de 1548 escribió á Tomás Cranmer, aquel arzobispo de Cantorbery que con sus complacencias arrojó al rey su soberano en el abismo, y le decia<sup>2</sup>: «Lo que se ha dicho desde el «principio entre nosotros sobre el libre albedrío, segun las opiniones de los estoicos, ha sido muy duro, y se debe procurar que se «componga alguna fórmula sobre este punto.» La de la confesion de Ausburgo, aunque la habia redactado él mismo, no le gustaba: ya quería que el libre albedrío tuviese lugar no solamente en las obligaciones de la vida civil, sino tambien en las operaciones de la gracia y por su auxilio. No eran estas las ideas que habia recibido de Lutero, ni lo que el mismo Melancton habia explicado en Ausburgo; y esta doctrina le suscitó algunos adversarios entre los Protestantes. Estaba preparándose para una vigorosa defensa, cuando escribió á un amigo<sup>3</sup>: «Si ellos publican sus disputas estoicas (to- «cante á la necesidad fatal, y contra el libre albedrío) responderé «muy seria y muy doctamente.» Así en medio de sus desgracias siente ya el placer de escribir un libro bueno, y persiste en su creencia, que el tiempo nos manifestará demasiado.

XXI.—*Melancton declara que se atiene á la confesion de Ausburgo, al mismo tiempo que piensa en reformarla.*

Pudieran señalarse otros puntos, cuya decision deseaba Melancton mucho tiempo despues de la confesion de Ausburgo. Pero lo mas extraño es, que mientras lo sentía así en su conciencia, y confesaba á sus amigos, habiendo sido él quien la habia compuesto, la necesidad de reformarla en tantos capítulos importantes, y confesando lo mismo en las reuniones que se tenian en público; no cesaba de declarar con todos los demás que se adhería estrictamente á aquella confesion segun fue presentada en la Dieta de Ausburgo y en la Apología, como á la pura explicacion de la palabra de Dios<sup>4</sup>. Así lo exi-

<sup>1</sup> Lib. II, ep. 447. — <sup>2</sup> Lib. III, ibid. ep. 42. — <sup>3</sup> Lib. II, ep. 200. — <sup>4</sup> Lib. I, 56, 70, 76.